

# PLUMA Y LAPIZ

30  
TVS



*Simandri. B*

# PLUMA Y LÁPIZ



Nº I

SANTIAGO, 26 DE JULIO DE 1912

NÚM. 2

ADMINISTRADOR ARTURO D'ALENÇON	DIRECTOR ARTÍSTICO CRISTÓBAL FERNÁNDEZ	OFICINAS: MORANDÉ 432 CASILLA 2443
DIRECTOR FERNANDO SANTIVAN	SECRETARIO DE REDACCIÓN DANIEL DE LA VEGA	

## PRIMEROS PASOS

Antes que nada, debemos expresar nuestros agradecimientos al numeroso público que se ha dignado favorecernos comprando el primer número de "Pluma y Lápiz."

No imaginábamos una acogida tan entusiasta, tan benévola y elocuente.

Haciendo nuestros cálculos, veíamos por delante una empresa árdua, llena de tropiezos. Algunos amigos pesimistas nos habían pronosticado el fracaso, ya francamente ó con ambiguas palabras de desaliento.

¡Una revista literaria! ¡No recurrir á los trillados caminos de otras publicaciones, llenando las páginas de informaciones gráficas, desdeñando la colaboración nacional, recortando de revistas europeas!

Todos estos eran obstáculos que nos señalaban y que hacían temer por la suerte de nuestros proyectos.

Sin embargo, hemos comprobado que el público estaba preparado para recibir una publicación como "Pluma y Lápiz." Sin que pensemos en señalar como de-

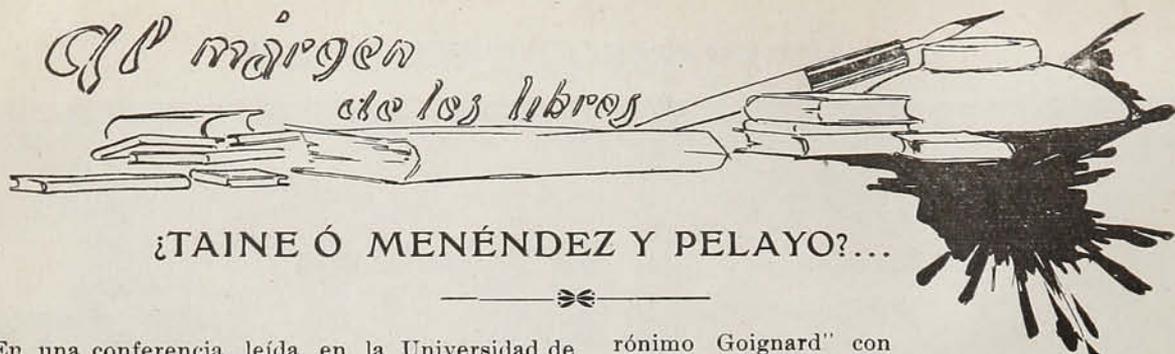
fectuosas las demás revistas que se publican en Chile, creemos que no respondían del todo al anhelo de sus lectores.

Hacia falta, en buenas cuentas, el espíritu de juventud que debe caracterizar á las empresas artísticas. Menos gravedad, menos estiramiento solemne y ceremonioso.

Nuestra revista no viene á competir, pues, con las que ya se publican en el país; por el contrario, viene á realizar lo que lo que las otras desdeñaban hacer.

Ellas con sus grandes recursos tipográficos, su elegante ostentación de colores y grabados, pueden seguir triunfando; nosotros, con nuestro contingente de escritores que espriman su cerebro en la dorada é insaciable copa del arte, llamaremos á nuestro lado á todos los que deseen escuchar el cálido murmullo de la juventud que siente y que piensa.

La vida es grande, es múltiple. Los gustos son incontables. Hay campo para todos. ¿Por qué negarle su parte á este Pluma y Lápiz, modesto y respetuoso de sus mayores?...



## ¿TAINÉ Ó MENÉNDEZ Y PELAYO?...

En una conferencia leída en la Universidad de Chile el 21 de Junio dijo su autor al referirse á Menéndez y Pelayo que «De poderse comparar con alguien en su método de erudito, sería menester recordar los nombres siete veces redentores de Gaston Paris y de Max Müller, aunque si bien á éstos les sobra ese espíritu generoso de composición y de visión artísticas que Taine exaltó hasta la maestría y que Menéndez y Pelayo no tuvo tiempo de hacer suyo en su doble tarea de investigar y de reconstruir más con fidelidad de bibliotecario que con mirada é intuiciones de filósofo»... Hasta aquí el juicio del conferencista; difícil es alcanzar el espíritu que motivó esa comparación enojosa para la obra del escritor santanderino; pero, cabe preguntarse: ¿dentro del arte—ya sea la crítica ó la investigación comparada,—pueden colocarse en el mismo plano las obras de Paris, de Müller, de Taine y de Menéndez y Pelayo? Tal vez porque se les conoce poco á los dos primeros sabios á nadie les ha despertado la curiosidad en la parte que les corresponde en el paralelo; sí, en cambio, respecto del historiador de los «Orígenes de la Francia Contemporánea».

Para enmendarle la plana al conferencista, escribía pocos días después de la lectura don Misael Correa: «No tiene Taine ni el jugo, ni el calor comunicativo, ni la belleza de estilo de Menéndez y Pelayo. De aquél puede decirse lo que él dijo de Macaulay, que era ante todo un abogado que alegaba el brillo y que acumula pruebas é insiste con galana elocuencia»... Tal juicio no cayó en el vacío; una semana más tarde Omer Emeth echó al viento de los comentarios su protesta simpática, airada, violenta hasta un entusiasmo digno de los veinte años. Defendió el nombre de Taine con ardiente convencimiento. Alguien arguyó entonces: Don Emilio es un alma joven, un espíritu que se renueva; sólo así se concibe esa su defensa ardorosa, cuando ya peina canas y cuando con más unción que nunca cultiva su huerto bajo la dulce mirada del pescador de Galilea.

Omer Emeth dijo: «Por cincuenta páginas del primero (Menéndez y Pelayo) escritas con la atildada y seca perfección de un humanista del Renacimiento, podría yo citar doscientas ¿qué digo? mil del segundo en las que se luce tanta originalidad de estilo como vigor de pensamiento y «personalidad» literaria».

Los puntos de vista desde los cuales ambos comentaristas han juzgado á los dos críticos, no pueden ser más diferentes, y casi opuestos: Correa, formado en el culto del buen decir, ama lo clásico, es católico españolizante á toda prueba y desdén el barbarismo de la época contemporánea. Omer Emeth, como buen francés siglo veinte, prefiere lo de su terruño por sobre todas las cosas; son sus maestros Lafontaine, Saint Beuve, Taine y... Anatole France. A pesar de su condición de eclesiástico su espíritu vuela á través del pensamiento profano con la curiosidad de una mariposa borracha de luz; lee las «Opiniones de Ge-

rónimo Goignard» con deleite y Claudio Farrere es de los novelistas jóvenes de su predilección. Se pensara de uno de aquellos abates del siglo XVIII que comentaban á Dederet ante un auditorio de marquesas y de gentilhombres.

Menéndez y Pelayo es para Correa un espíritu único, superior á Taine; para Omer Emeth es un escritor sabio, atildado como otro cualquiera. Y nada más.

¿De qué lado está lo justo? Tal vez de ninguno. No es posible comparar á Taine con Menéndez y Pelayo; fué el primero un crítico filosófico admirable, historiador profundo y un maestro del estilo que sólo se podría comparar con Flaubert ó con los Goncourt. Su obra se conserva y se lee en la actualidad como hace veinte años; lo cual no impide que esté llena de errores estéticos, de método crítico é histórico.

Taine no es propiamente un filósofo. A pesar del título de una de sus obras capitales «La Filosofía del Arte», ésta se reduce á tres ó cuatro principios que podrían sintetizarse como sigue: El arte es imitación, pero imitación que hace sensible los objetos en su carácter. Y avanzando más lejos aún decía que este carácter «es una cualidad de la que todas las demás o al menos muchas de las demás derivan, según relaciones fijas». Este «carácter», contra cuyo concepto enderezaba Croce su crítica más ruda, era el sentido fundamental de la «escencia» de los filósofos. Deduciendo de ella el humanismo del arte, estableció Taine una escala de valores, una moralidad artística y un fin colectivo, que ha de ser juzgado no mediante el juicio individual sino que gracias á un rasero común, á una conciencia universal. Cabe en tal juicio la negación más perentoria de todo aristocratismo literario. Los errores de esta valorización filosófico-estético-naturalistas se alcanzan fácilmente.

En la crítica Taine pretendió aplicar un método que derivaba de la experimentación. «Como el botánico que estudia con igual interés el naranjo y el pino,—dice—estudia el crítico toda obra humana». Nada que caracterice mejor los errores de tal método que aquella frase ya célebre: «El vicio y la virtud son productos químicos, como el vitriolo y el azúcar». Su teoría del ambiente, raza y momento, constituye hoy un documento de la historia literaria del siglo XIX. Brunetière, que primeramente fué su más fiel discípulo al explicar el origen y evolución de los géneros, refutó más tarde, como Peladan, el sistema de su estética basada en el naturalismo científico. También su teoría histórica fué destrozada por críticos tan apasionados como antojadizos, hasta que el profesor Aulard vino á colocar cada cosa en su sitio, analizando la trascendencia psico-psicológica del método y enmendando sus yerros con trascendental comprensión de historiador.

Muchos años van corridos ya desde la primera publicación de los mejores libros de Taine; muchas

tempestades han pasado por sobre sus páginas admirables, sin embargo ellos superviven más allá de su tiempo y de las críticas. Y es que Taine es un maestro eterno, como Renan, Macaulay ó Goethe. El cientificismo de sus sistema fué un producto de su medio y de su época: en la primera mitad del siglo XIX la ciencia comenzó á avasallar todo; prometía tanto con los horizontes que descubrió el estudio de la Botánica y de la Zoología que un estudioso como él tuvo que buscar en ella su fuente de Juvencio: ¡que por algo conoció á fondo la obra de Cabanis, Darwin y Bichat!...

Menéndez y Pelayo, por la inversa, no sustentó más que teorías de juventud y fueron éstas tan pasajeras que es difícil no olvidarse de ellas en el desfile enorme de sus obras de madurez. No incurrió en grandes errores porque se abstuvo siempre de juz-

gar. Mientras el autor de los "Orígenes de la Francia Contemporánea" creaba valores y teorías, él se reducía á exponer secamente y á criticar con armoniosa galanura de poeta. Fué, ante todo, un investigador erudito, un sabio precoz y un artista de corto vuelo. Para su ojo avizor de bibliófilo no quedó secreto por escudriñar, ni libro por conocer, ni época de la literatura española por estudiar; ordenó catálogos y sistematizó el estudio de la literatura ante-clásica, labor enorme que queda para la posteridad en más de medio centenar de volúmenes. Dado el carácter árido de sus libros apenas si son pasto de eruditos y de estudiosos. La obra de Taine es más universal y más amplia. Es la diferencia que media entre el luminoso roble de la montaña y la encina fuerte del valle!...

ARMANDO DONOSO.

## LOS DISTURBIOS DEL DOMINGO



Los anarquistas en la Alameda



La policía resguardando á los revoltosos



GRUPO DE CURIOSOS